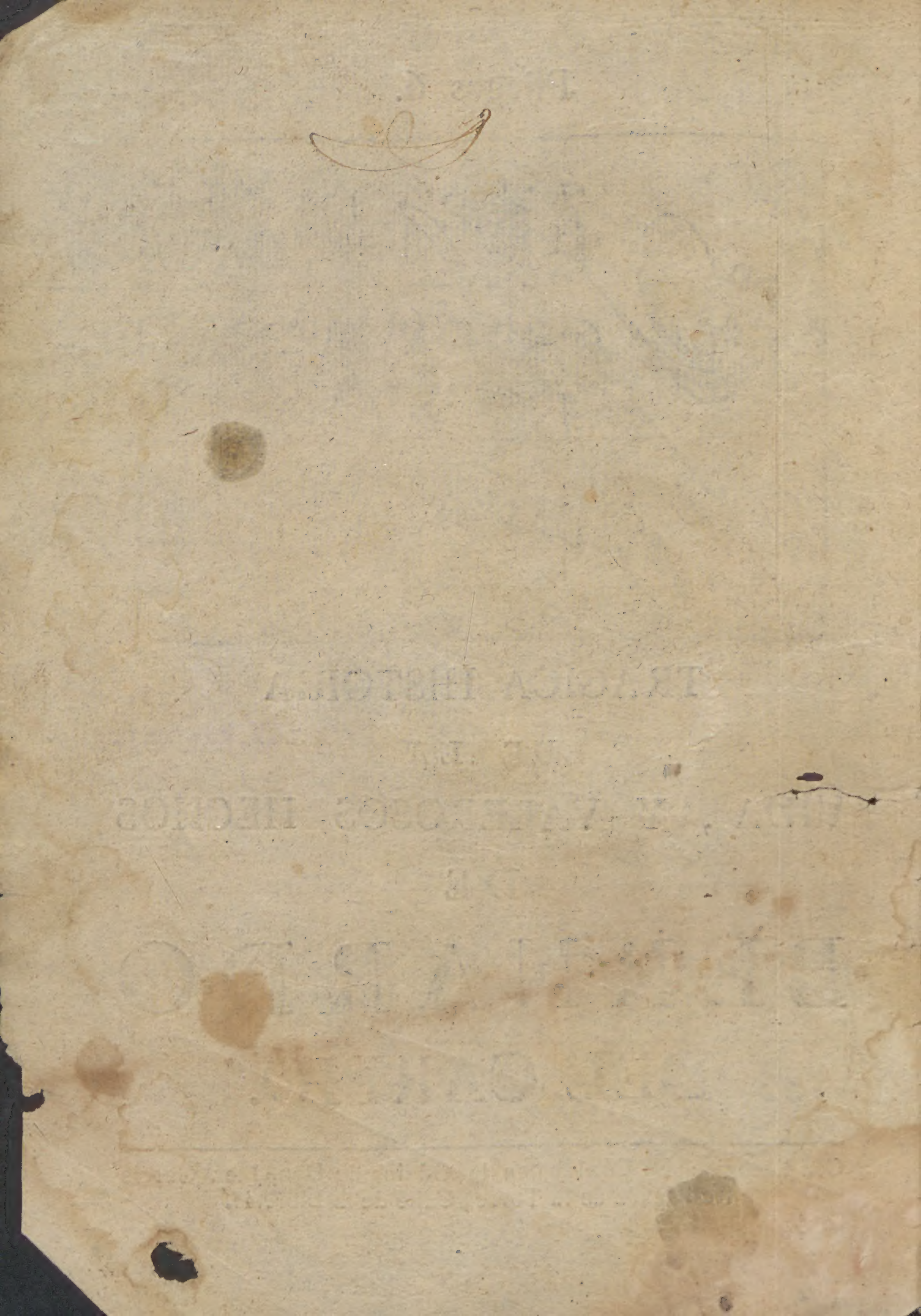
Pliegos 6.



TRAGICA HISTORIA DE LA VIDA, Y VALEROSOS HECHOS DE BERNARDO DEL CARPIO.

Con licencia: En Córdoba en la Oficina de Don Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Libreria.



CAPITULO PRIMERO.

De los amores del Conde de Saldaña, y la Infanta Doña Ximena, hermana del Rey Don Alfonso el Casto de Castilla: y de los zelos y envidias del Conde Don Rubio.

CON arreglo á los mas veridicos historiadores de España, pienso dar principio á el origen, nacimiento, virtudes y hazañas del valerosísimo y noble Caballero Bernardo del Carpio, dichoso en haber vencido tantas armas Agarenas, en haber tenido Padres tan ilustres, y en haber vivido tan virtuosamente. Digo, pues, que Bernardo del Carpio fue de tan clara Estirpe, y nobilísimo Linage, que descendia de los Godos, Conquistadores de España, y fue hijo legitimo (clandestino) del ilustre Conde de Saldaña, y de la Señora Infanta Doña Ximena, hermana del Señor Rey Don Alfonso, llamado el Casto. Era el Conde de Saldaña el General de las Armas de Castilla; no Conde de los muchos, sino tan antiguo, que fueron Condes sus ascendientes, antes que en Castilla hubiese Reyes. Fue su nombre Don Sancho Diaz, y su condicion noble y afable: su persona robusta y esforzada: su Espada temida de todos, asi de Moros, como de Cristianos: y por ser tan respetado, nadie le osaba enojar; fue la vasa y columna del Reyno; y añadiendo á las prendas personales la de ser muy galán y cortesano, fue

cau-

causa de que se ganara la primera atencion, no solo de nobles y pleveyos, sino tambien de las Damas, pues tenia meritos para igualar en estado á la mas alta Señora. No fue la mejor de sus fortunas el hacerse tan amable, pues esta fue la que hizo al Conde tan infeliz, que toda su vida lo traxo reducido á una muerte civil, y un continuo martirio, en una dura, estrecha y rigorosa prision; y fue el caso, que inclinado el Conde á la mayor perfeccion que en muger humana se halló en aquel tiempo, y estimables virtudes de la Infanta Doña Ximena, hermana del Rey Don Alfonso, y ésta aficionada al valor, gala y gentileza del Conde, á poca diligencia se conocieron en el semblante risueño y alhagueño la amorosa simpatia, con que interiormente se amaban: mas aunque el Conde era de tan clara ascendencia, no osaba atreverse á la hermana de un Rey proxima á la sucesion y herencia del Reyno; ni la Infanta, como Señora tan principal, se atrevia á manifestar el amoroso incendio en que ardia su corazon, antes con su honestidad disimulaba su inclinacion; pero como el amor es caudaloso arroyo, que por mas represado que esté, tanto mas es la fuerza con que rompe el impedimento que le ata: asi, quanto mas el Conde reprimia su atrevimiento, y la Infanta disimulaba su pasion, tanto mas se leían los corazones en los ojos, de suerte, que sin decirlo se supieron los pensamientos uno á otro, en tal grado, que desembozada la mascarilla del recato, secretamente se decian amores

y

y ternezas; pero no tan oculto para el que acechaba, y observaba los movimientos. Este contrapeso, ó mal vecino fue el Conde Don Rubio, Caballero ilustre del Reyno; mas no para correr parejas con la calidad, esfuerzo y meritos del de Saldaña; pero sí para levantar sus desvanecidos pensamientos á solicitar favores de la Infanta su Señora, con tanta osadia, que claramente le explicó su amor, con exageraciones y encarecimientos grandes; pero la Infanta, como tan entendida, le respondia muy fuera de su pensamiento; diciendole, conocia que le amaba con el amor de leal vasallo, y que en eso correspondia á su nobleza, como lo habian hecho sus antepasados, que tenia noticia habian sido muy fieles y leales á sus Reyes, Principes é Infantes; pero á Don Rubio no le agradaba este modo de respuesta, porque daba á entender no conocia el exceso de su pena, y que si lo conocia lo despreciaba. En fin, desesperado del todo, se arrojó á decirle, que su pensamiento era amarla como marido, y servirla como esclavo. Aqui fue necesaria toda la prudencia y capacidad de la Infanta para desvelarle de tan atrevido pensamiento. Hizolo aquella vez con señal de que estimaba su afecto; pero que no lo podia aceptar por ningun caso; antes sí, desengañándolo de que podia poner el pensamiento donde tuviese mas afortunados sucesos. Con este desengaño bufaba de corage y de zelos el Conde Don Rubio, y se le arraigó en su corazon un venenoso aspid de envidia, y zelo tan rencoro-

so contra el de Saldaña, que no podia ocultarlo, por mas que disimulaba; pues aunque fuera en la presencia del Rey le hablaba con la mayor sequedad. Y por desengañarse de una vez, y apurar el veneno de sus zelos, rondaba de noche disfrazado, y seguia secretamente las pisadas del Conde de Saldaña, y á fuerza de grandes desvelos consiguió el ver la comunicacion de su competidor, en tiempo que estaba tan adelantado el de Saldaña en sus amores, que guardaba la Infanta en sus entrañas prendas suyas, pues uno y otro lograron sus amores, despues de darse mano y palabra de Esposos, y afirmandola con juramento. Elado, y falto de vitales alientos quedó Don Rubio, al ver entrar á hora, y por sitio escusado al de Saldaña en el quarto de la Infanta, y tuvo paciencia para esperar su salida, que no faltaban muchos minutos para que riese el Alba. No se habrá leído de hombre enamorado, que haya visto sus zelos tan claros, y le haya faltado aliento para matarse con su contrario. Solo este Conde Don Rubio quitó vidas, y causó males y penas, sin aventurarse al riesgo de una estocada.

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***
***

CA-

CAPITULO II.

De como el Conde de Barcelona pidió al Rey D. Alfonso le diera por muger á la Infanta su hermana, resistese esta, y resultan palabras de agravio entre el Conde de Saldaña, y D. Rubio: de como este reveló al Rey los amores del de Saldaña, y de como el Rey examinó y verificó el aviso, y del razonamiento que le hizo el de Saldaña, pidiendo á su hermana por Esposa, y como el Rey se la otorgó, y lo hizo marchar por Embaxador á Barcelona.

EN este estado estaban los amores del Conde Saldaña, y la Infanta Doña Ximena, quando el Conde de Barcelona envió su Embaxada al Rey D. Alfonso de Castilla, Leon y Asturias, suplicandole con grande eficacia le hiciese merced de la mano de su hermana Doña Ximena. Propuso los capitulos muy favorables á Castilla, con lo que vino el Rey en concederle su peticion, por lo bien que estaba á Castilla añadirle á Cataluña, y desde luego de su parte dió el si; pero habiendolo tratado con la Infanta, esta dixo: que no le estaba bien casarse con el de Barcelona. Fundó su razon, y dió sus motivos; pero como todos eran contrarios á la voluntad del Rey su hermano, mostró el poco gusto que le motivaba su resistencia, y hasta vér si la vencia á su dictamen, no quiso despedir al Embaxador; pero éste desesperanzado se despidió antes que lo despidieran y se volvió á Barcelona.

Dis-

Discurriendo el Rey medios de contrastar la repugnancia, que la Infanta hacia al casamiento con el Barcelonés, trató con el Condè de Saldaña, que él mismo persuadiera á la Infanta, por lo útil que le era al Reyno. Por cierto buscaba el Rey buen intercesor. Al fin, el de Saldaña disimulando quanto pudo le respondió al Rey, que le parecia no ser conveniente por entonces querer darle á la Infanta marido contra su voluntad, y que un casamiento violentado llevaba consigo muchos riesgos, que podian resultar, con otras razones que dió, hijas de claro, y agudo ingenio. A todo esto se hallaba presente el Conde Don Rubio, y pareciendole buena ocasion para regar contra el Conde de Saldaña, y la Infanta el mortal veneno de los zelos, vengandose de uno y otro, respondió con desabrimiento al Conde, diciendo: que el consejo que daba no era acertado, sino malicioso, y que el Rey hacia bien en darle á la Infanta el de Barcelona, porque por aquel medio se aumentaba el Reyno, y podia hacer con mas desahogo la guerra al Moro, y conquistar á España. El de Saldaña enojado de este atrevimiento, le dixo á Don Rubio no correspondia á su nobleza dar consejos á su Rey con malicia, pues sabía él, y sabía el mundo, que no tenia el Rey vasallo tan leal como él lo era, y lo habian sido sus ascendientes, y que el que pensara otra cosa en contra, ó lo dixera del Rey abajo, mentia como villano. Diciendo esto, empuñó la espada, mas como el Rey se interpuso, reprehendiendole su resolucion, no hi-

hizo mas movimiento que salirse de la sala. Entonces Don Rubio prosiguió quexandose al Rey del mal tratamiento que el Conde Saldaña le habia hecho, diciendole palabras semejantes: yo Señor, por ser leal vasallo de Vuesa Magestad sufro estos arrojos del Conde, no porque me falta fundamento para haberle replicado, y su mayor sentimiento es que yo haya conocido su dañada intencion, por ser alevosa, y traidora á Vuesa Magestad. El Rey, sin esperar á que mas le dixese, le replicó: como? Pues no es el Conde de Saldaña el espejo de la nobleza, y lealtad de mi Reyno? No es el que siempre me saca con valor de los mayores ahogos? No es terror de la morisma? No es el que sostiene en sus hombros todo el peso de mi Corona? Pues como ha de ser traydor el Conde? Aquì lo atajó D. Rubio, diciendo: Señor, si un vasallo confiado en el valimiento, que tiene con Vuesa Magestad profanara el Sagrado de Palacio, y escalandolo, tratara con una de las Damas de él, no incurria en la pena de traydor? Si (dixo el Rey) y prosiguió Don Rubio: y si este trato fuera con la Infanta, no ofendia mucho mas á V. Magestad? Como? (dixo el Rey) pues el de Saldaña se atreve á tanto? Por vida de mi Corona, que si averiguo tal maldad, que he de castigar su atrevimiento con rigor nunca visto. Pues Señor (dixo D. Rubio) yo pondré á Vuesa Magestad donde por sus ojos vea su agravio. Dexemos amasada esta traydora maldad de D. Rubio, y volvamos á que aquel mismo dia permitió Dios le dieran

los dolores de parto á la Infanta, la qual en un breve papel le dió cuenta á el Conde por medio de un Paje fiel, expresandole en el aprieto en que se veia, y rogandole la viese aquella noche, para poner en salvo lo que naciese. En mil dudas se acabó de pasar el dia, y llegada la noche, fue á ver á la Infanta por el sitio acostumbrado. Dexemoslo consolandola en sus fatigas, y volvamos á D. Rubio, que llegada la noche se vió con el Rey, quien prevenido de Guardia, que secretamente le acompañase, fue con Don Rubio á la parte donde este solia acechar al Conde. No hubo pasado mucho tiempo, quando muy ageno el Conde de la desdicha que le esperaba, habiendo arrojado entre sus brazos la Infanta un hermosisimo Infante, salia con él debajo de la capa, y pasando por la celada se le arrojó el Rey y su guardia, diciendo: quien vá? Asustado y resuelto, poniendo mano á la espada, responde el Conde: quien lo pregunta? Y al decir: el Rey, se le representa en su imaginacion toda su desdicha, y le anuncia el corazon todas sus penas. A este tiempo llora el recien-nacido, que tambien como le alcanzaba tanta parte en el infortunio de sus Padres, les ayudaba á sentir. Pregunta el Rey: qué era lo que lloraba? Pidele el Conde al Rey lo oiga á solas. El Rey se lo concede, y haciendo retirar la Guardia, sin mas compañia que Don Rubio, le hizo el Conde el razonamiento siguiente: Alfonso, Rey y Señor, á quien por su integridad y mi desdicha llaman Casto, ojalá y que no lo fueras,

pa-

para que con conocimiento de los que es amor, hallara mi exceso disculpa en tu piedad; pero tu alta comprehension habrá registrado en las Historias los muchos yerros que se han cometido por amor: éste, Rey y Señor, es el que quebranta las mas duras prisiones, y las mas finas lealtades: bien lo confirma el que cometió el Santo Rey David, quien fue homicida de uno de los mejores y mas valorosos Capitanes de su Exercito, y le quitó la vida con la muger; y sin este exemplo muchos mas hay que me disculpan, y sobre todo, la influencia de la estrella, que me inclinó con tanta fuerza á la Infanta, mi Señora Doña Ximena, y de este amor, baxo de la fe y palabra de ser su Esposo, logramos la ocasion con el sigilo que se requeria, hasta que nuestra fortuna nos habilitara, para celebrar los lazos del Hymenéo. Al fin, Señor, la Infanta es mi esposa, si dudas de mi calidad, informate de las Historias de Castilla y hallarás que no hay nobleza mas esclarecida, que la mia, y que en ella hubo Condes de Saldaña primero que Reyes, pues los que hoy hay descienden de ellos, y somos de un tronco y una Sangre. Que castigo podrás dar á mi yerro, que no sea desdoro de tu piedad y de tu Corona? Aqui traigo la prenda que ha dado de sus entrañas la Infanta tu hermana: éste, Alfonso es tu sobrino, y heredero del Reyno. No hagas público tu deshonor: damela por muger, que yo te prometo, si pretendes castigar mi culpa con mi muerte, no desnudarme las armas, ni quitarme de la fron-
te-

tera del Moro, hasta que á costa de muchos de ellos pierda la mia al rigor de sus Damasquinos Alfanges. Muevate á piedad, sino mi vida, la honra de tu hermana y de tu Corona. Aqui suspendió su razonamiento el Conde, porque le atajó el Rey, diciendo: baste, Conde, baste, que aunque soy aborrecible al amor, no ignoro sus efectos, y estoy pronto á perdonarte; y para ello, y para que se efectue tu casamiento, es necesario vayas por Embaxador al Conde de Barcelona á disculparme en su pretension, que pues eres el mas interesado en este negocio, lo sabrás hacer muy bien, que ya tenia hecha la merced de esta Embaxada á D. Rubio, y pues hay esta novedad, quiero que la hagais, pues os toca de derecho. Dadle ese Niño á Don Rubio, y mirad que lo cuideis, como que es encargo mio, en una Aldea, con el mayor secreto, Y vos Conde venios conmigo, os daré las cartas que habeis de llevar. Con esto entregó el Conde su reciennacido hijo á D. Rubio, y este se lo llebó: y el Rey se fue con el Conde á un oculto gavinete, donde le entregó una carta que decia: Al Conde de Barcelona: y al mismo tiempo otra, para que de camino la entregase al Alcayde del Castillo de Luna. Encargóle el Rey la brevedad, y que luego sin la menor dilacion, ni prevencion de marcha se pusiese en camino, y esto fue á fin de que no volviera á hablar á la Infanta, ni esta supiera el descubrimiento de su desgracia; mas el sencillo corazon del Conde no presumió tal intencion en el Rey, y así executó su mandato

con

con la mayor prontitud, poniendose en camino luego al instante desde el mismo Palacio. Dexemoslo caminar á su trágico paradero, para tratar de lo que al mismo tiempo sucedia en Palacio.

CAPITULO III.

De como llegando el Conde al Castillo de Luna á dar de camino una carta, fue preso, y sacados los ojos.

NO bien hubo amanecido el dia siguiente, quando D. Rubio muy cortesano y alegre de la villana venganza, que habia tomado de la Infanta, por no haberle correspondido á su desvanecido amor, y del Conde, por ser su competidor, que parecia se le quitaba la pena de sus rabiosos zelos, ya estaba en la antecamara del Rey esperando se levantase: el Rey no se dilató, porque con el pesar que tenia, no podia reposar; y sin mas prevenir los sucesos futuros, decretó, como que estaba montado en colera, que la Infanta estuviese presa en su quarto, sirviendole de Guardas las mismas Dueñas; y que en estando buena la pusiese D. Rubio en un Monasterio, donde acabase su vida; que la desheredaba del Reyno; y que en el interin que estaba en Palacio, se le impidiese toda comunicacion. Asi lo executo todo muy bien D. Rubio, que como era el tramador de estas desdichas, recibia estas ordenes su vengativa rabia, como que el Rey con ellas le lisonjeaba el gusto. En este intermedio llego el Conde al Castillo de

Lu-

Luna, salió su Alcayde á recibirlo con la guarnicion y decoro debido á un General; hacelo entrar, ponele el Conde la Carta en la mano, se quiso despedir para seguir su jornada, diciendo iba con mucha aceleracion; mas habiendo el Alcayde comprehendido la orden que llevaba la carta en sus breves renglones, le respondió al Conde, que no iba tan de prisa como imaginaba, porque primero se habia de executar el decreto, que le habia llevado, el qual queria poner en su mano para que lo viese; y entregandoselo, mandó echar el rastillo á la puerta ó puente levadiza, y al Conde que entregara la espada y se diese á prision. Atonito quedó el Conde con semejante novedad: tomó la carta y leyó su contenido, que era este: Alcayde del Castillo de Luna, luego que el Conde de Saldaña llegue á entregaros este, ú otro despacho mio, le hareis sacar los ojos, y poner en la mas obscura prision, que asi conviene á mi servicio. El Rey.

Qué pluma podrá explicar el sentimiento y las quexas con que el Conde recibiria tan rigoroso decreto, siendo de tan Nobilisimo Linage! No hay duda, que enojado diria: vive Dios, que el Rey me ha engañado, y que este trato no corresponde hacerse á un vasallo como yo; pero qué puede hacer un hombre, que desgenera de lo que es tan natural, sino hacer obras de fiera? En que Historia se escribirá, se haya cometido semejante crueldad? Ay! adorada Infanta mia! Por ti siento este martirio, ya no te volveré á ver mas: este Casti-

tillo será viviente sepultura mia, donde sin morir, viviré una penosa é infeliz muerte. A Dios, dulce prenda mia, que mas siento esta mortal ausencia, que la perdida del Reyno, que te venia de derecho: nunca yo te hubiera visto, para que por mi causa perdieras tu Corona y libertad, ni se divulgara nuestro yerro. Ea, qué aguardais? Executese el mandato del Rey, que aunque sea injusto, tiene fuerza de ley inviolable. Con esto lo metieron á una sala, donde le fueron sacados los ojos, y puesto una gruesa cadena y encerrado en una pieza la mas fuerte y retirada del Castillo. Dexemos á este infeliz Caballero embuelto en sus lagrimas de sangre, anegado en dolorosos suspiros, y volvamos á contar la crianza de su hijo que quedó encargado á Don Rubio.

CAPITULO IV.

De la crianza, y muestras de valor que dió Bernardo, del mal tratamiento que le hacia Don Rubio, y de como Bernardo se vino á la Corte, y el Rey le conoció por sobrino, y le armó Caballero.

RECibido por el Conde D. Rubio aquel tierno Infante, lo despachó á una Aldea suya, donde se entregó á una ama que lo criase, y todos presumian fuese hijo de D. Rubio. Bautizaronlo, y le pusieron por nombre Bernardo: era tan fornido y gracioso que á todos los que lo veian cautivaba las voluntades, y mucho mas, quando salido de mantillas y entrado en los

años

años de su puericia, dió muestras de su agudeza en los sazonados dichos y razonamientos, que tenia, con tanto desgarro, que parece que desde la cuna ó su nacimiento habia nacido con el valor, que habia de ilustrar su persona; pues no habia cumplido los siete años, quando juntaba los muchachos que podia, y haciendose Cabo ó Comandante de ellos, divididos en vandos formaba sus vatallas, y les daba sus abances, invocando al Apostol Santiago. En estas y otras vivezas y travesuras pasó sus pueriles años nuestro Bernardo, inclinado todo á los trofeos de Marte, hasta que pudo salir á caza á los montes, donde ya sus membrudos y fuertes brazos se empeñaban con un oso y le quitaba las colmenas: y por consiguiente á las demas fieras y animales mataba, sin reparar en seguirlos por vegas y sembrados, por lo que los vecinos se enojaban mucho; cuyas quexas dadas á D. Rubio (á quien siempre conoció y reverenció por Padre) tomaba este pretesto para honestar la mala voluntad que le tenia, y lo maltrataba con obras y palabras de desprecio, en tanto grado, que aunque Bernardo las recibia como de un Padre, no dexaba de causarle duelo, siendo asi, que nunca sus travesuras lo hicieron despreciable ni aborrecible; pues sin embargo de ellas, con su buena condicion se daba á temer, y se hacia amable.

Ya iba entrando Bernardo en los años de la juventud, quando un dia habiendo salido el Rey á cazar en los terminos de la Aldea de D. Rubio entró en ella á des-

descansar un rato, á tiempo que D. Rubio, llevado de la adversion que le tenia á Bernardo, porque este le pidió licencia para ceñirse espada, lo injurió con razones muy pesadas, tratandolo de villano, y que no pensase que era su hijo, y esto con tanto enojo y colera, que estaba ya el Rey en su casa y presencia, y todavia proseguia en su descompostura é irritacion, por lo que el Rey se quiso informar de la ocasion de aquel enojo: á lo que satisfizo Bernardo con mucha modestia, no solo contando los motivos, sino quexandose de las palabras y malos tratamientos, que habian sido: villano, bastardo y mal nacido; con otras cosas, pidiendole al Rey le mandara á D. Rubio le dixese quien era su Padre. El Rey sintió la demasia de D. Rubio, y viendo el valor de Bernardo, se le aficionó tanto, que le dixo: no importa Bernardo, que no sepas quien es tu Padre, ni que no lo sea el Conde D. Rubio, que mi sobrino eres; y si á ti te maltratan, á mi me ofenden, porque eres sangre mia; y asi será razon que dexes la Aldea y vengas á Palacio conmigo; y que vayas como Caballero: ea, Conde D. Rubio, calzadle vos la espuela á Bernardo, que yo le ceñiré la espada. Echando mil bufidos obedeció D. Rubio, y le calzó la espuela, al que poco antes lo habia tratado de villano. En fin acabadas las ceremonias de tal acto, se fué el Rey á su Corte, y Bernardo con él, habiendole dado primero muchas gracias por lo mucho que le habia honrado, y prometiendole guardar la espada que le habia ceñido; pa-

ra emplearla bien en yelmos y turbantes Moriscos. Llegados á Palacio le dió el Rey plaza de Gentil Hombre. Aplicóse Bernardo tanto al uso de las armas que á pocos dias no habia ninguno que las jugara con mas destreza. Bien conoció el Rey, que Bernardo tenia sobrado valor, y que habia de emprender la libertad de sus Padres. Para estorvar este inconveniente, declaró por traydor á quien le descubriese quienes eran sus Padres; por consiguiente llamó por herederos de sus Reynos al Emperador Carlo Magno, sin consultarlo con sus Grandes y Parientes, pareciendole que el Emperador, juntando las fuerzas de Francia con las de Castilla, Leon y Asturias, conquistaria á toda España, y echaria á los Moros de ella. Comunicóle este pensamiento á el Emperador sigilosamente, y este recibió á dos manos el partido, y aceptó la sucesion. Dexemos este negocio en este estado, hasta que llegue el tiempo de seguirlo.

CAPITULO V.

De la embaxada del Rey Almanzor: de la respuesta que le dió Bernardo: y de como habiendo echado la mesa á rodar se salió del Palacio.

EN este tiempo Almanzor, Rey de Toledo, envió por su Embaxador á un valeroso Moro, Alcayde del Carpio, llamado Benjumeya, demandando al Rey D. Alfonso á la Infanta su hermana en casamiento, prometiendole con tranquila paz entregarle los Reynos de

Lor-

Lorca, Murcia y Xerez, con toda la Andalucia; y que de no aceptar la paz, baxo los capitulos que habia expresado, le notificaba continua guerra, hasta echarlo de sus Reynos, y apoderarse de ellos. No quiso el Rey responder á la embaxada, solo dixo á Benjumeya: ya estoy entendido de tu embaxada, y por atender á mi decoro no respondo; diciendo esto, y á Bernardo que respondiera al Moro volvió la espalda el Rey. No habia menester Bernardo mucho encargo para darle la respuesta, porque ya estaba reprimiendo la colera por no enojar al Rey: atento al orden que le dió, disparó el trueno de su ira aquel corazon bizarro; y llegandose á la silla del Moro, cogida por un brazo, la volcó con Moro y todo, de suerte, que una y otro anduvieron rodando por el suelo: mas queriendo el Moro poner mano al Alfange, Bernardo le detuvo, diciendo: guarda el corvo Alfange para quando estés sin gozar los privilegios de Embaxador, que atento al seguro que se te debe, sales de aqui con vida, y esta no te durará mucho, que yo iré al Carpio á quitartela: y en quanto á la embaxada, dirás á Almanzor, que la Infanta no ha de ser su muger, que no piense que mi Rey ha de incurrir en semejante afrenta; y que si piensa hacer güerra, que no dilate la marcha. Atonito quedó el Moro de tan gallarda resolucion, y le dixo á Bernardo, que aquella bizarria domellaria él, si en la guerra lo encontraba, que el Carpio no se atreveria á pisar, ni aun sus vegas: á lo que Bernardo le replicó, de suerte, que quedó

dó aceptado el desafio: con lo qual el Moro se despidió, y volvió á llevar la respuesta de su embaxada. No se hubieron pasado muchos dias, que arrepentido el Rey de haber ofrecido á España á el Emperador, mandó llamar á un sobrino suyo de Asturias, llamado Don Bermudo, para hacerle jurar por Principe y heredero del Reyno: y habiendo llegado á Palacio á tiempo que Bernardo cansado de romper lanzas, y armado entraba en el Real Salon, donde estaba el Rey y Don Bermudo con otros principales del Reyno, que se sentaban á comer, viendo que D. Bermudo se sentó á la mesa, dixo: pues sobrino por sobrino yo tambien lo soy, y no el peor, y tomó una silla y se sentó á la mesa. El Rey le dixo, que aquel era el Principe y heredero del Reyno, y que como tal le sirviese y besase la mano. A lo qual respondió Bernardo con grande resoltura y bizarria: que él no tenia aquella eleccion por justa, y que viviendo la Infanta Doña Ximena, no lo habia de hacer, que á ella si la conocia por su Señora y sucesora del Reyno; y que si acaso el ser muger la desheredaba, que primero era él que otro. El Rey muy enojado le dixo: que se levantase y que no se desvaneciera por llamarse sobrino, que habia mucha diferencia de uno á otro. Bernardo le replicó: que una vez que habia tomado la silla, no la dexaba. Encolerizado el Rey de la replica, le dixo: que es esto, vil bastardo, cómo asi te atreves á mi respeto? No se le quedó en olvido á Bernardo la respuesta, porque sin moverse le dixo: Se-

ñor

ñor la nobleza que tengo de vos es, pues hasta aqui me habeis honrado y armado Caballero, llamandome sobrino, con que si ahora me afrentais, ya os toca la mitad de la injuria á vos, y á mi la otra mitad. No tubo mas sufrimiento el Rey, y así dixo: ó villano y mal nacido, á mi quieres igualarte? Ola, prendanle. Oyendo esto Bernardo se puso en pie, y echando á rodar la mesa dixo: quien ha de ser el atrevido? Ea, ninguno se mueva, que soy Bernardo: digo, venga una lanza, y tomando la que halló mas á mano se baxó del Palacio, y ensillando dos caballos para él y su criado, que se infiere seria hombre de valor, y dexando otros que halló en las caballerizas desgarretados, se salió de Palacio, sin prevenir por entonces á donde iria. Dexemosle caminar, mientras se apacigua la colera, y luego veremos en lo que para.

CAPITULO VI.

De como Bernardo con su astucia y valor ganó el Carpio, y diez y nueve Castillos de su comando: y de como el Rey se desenojó, y lo perdonó por esta hazaña.

CON solo su criado salió Bernardo (como diximos) al campo, y acordandose en él de las arrogancias del Embaxador del Moro, quiso vengar en él su colera, y entrandose en una Aldea, buscó un vestido Morisco, que hizo vestir á Ordoño, que asi se llamaba el criado, á el qual por ser muy galan, y haber estado

cau-

cautivo, le sentaba tan bien, que parecia haber estado siempre con aquel trage, y en esta forma llegó con él al Carpio; y quedandose fuera Bernardo, mandó á Ordoño con recado al Alcayde del Carpio (que fue el Embaxador) á decir, como un Caballero Moro de Cordoba tenia que hablarle, y que le esperaba en aquella Vega: el Moro se previno de fuertes armas y caballo, y vino con Ordoño hacia donde quedaba Bernardo, el qual viendole venir, montó en su Caballo, y empuñando su lanza salió al Moro, y mandando á su criado se retirase dixo al Moro: ahora verás Benjumeya, si Bernardo sabe mantener por su persona los arrojos que hace en el Real Palacio, y experimentarás el valor con que se aventaja á tu arrogancia, y como cumple la palabra de buscarte en tus tierras, sin mas prevencion, ni gente que la que ves. Atónito quedó el Moro de la bizarria de Bernardo, y le respondió: Nunca yo dudé de tu esfuerzo y valentia; pero tampoco crei fuera tan desesperada, que te hiciera arriesgar á tanto, pues al eco de mi vocina se juntarán mil Moros en un instante que te quiten la vida; mas no quiero usar de traycion, antes me alegrara que quisieras afirmar paces con Almanzor, que se que te hiciera muchas honras, mas que tu Rey. A este razonamiento le respondió Bernardo: para mi no hay mejor paz que matar muchos Moros; y mucha mas honra me es sufrir desdenes de mi Rey, que ceñirme la corona por mano del tuyo, que esta siempre que la quiera se la quitaré y me coronaré mi frente;

mas

mas no quiero que en España haya otro Rey que mi Señor D. Alfonso, y para que veas que voy á añadir timbres á su fama, sabrás, que no solo vengo á matarte, sino á empezar la conquista por mi persona sola, y hacerme Señor del Carpio, y asi apercibete. Y diciendo esto movió su caballo; lo mismo hizo el Moro con mucha bizarria, diciendo: presto sentirás tener tan loca vanidad, y arremetiendo el uno para el otro, se dieron los primeros votes de lanza con tanto esfuerzo, que hechas menundas astillas volaron por los aires, y chocando con el furioso encuentro los caballos pecho con pecho, el de Bernardo hizo al del Moro se sentara de ancas, y Benjumeya medio aturdido del encuentro, de suerte, que saltando Bernardo de su caballo con presteza, antes que el Moro volviera en sí, ya lo habia sacado de la silla, echadolo al suelo, y cortadole la cabeza; y sin mas detenerse llamó á Ordoño, y haciendole colgar la cabeza del arzon de su caballo, le hizo entrar con ella en el Carpio con grande estrepito, diciendo: Santiago, viva el Rey D. Alfonso. A este ruido salian los Moros, y antes que previnieran el riesgo, ya habia muerto mas de ciento á lanzadas en las calles, hasta que llegando á las mazmorras de los cautivos cristianos, las quebrantó y puso en libertad; y haciendo de ellos un pobre Exercito, con solas las cadenas por armas, fueron matando á quantos pretendian hacer resistencia: otros que conocieron el riesgo, luego se pusieron en fuga, de suerte que en menos de una ho-

hora se hizo dueño del Carpio: y sin mas detenerse pertrechó su Esquadron de Cautivos, y arrastrando las Moriscas Vanderas, se salió, dexando alguna Guarnicion en el Carpio, y fue talando los campos, y apoderandose de los Castillos de sus cercanias, sujetos al Alcayde del Carpio. Hecha esta hazaña, volvió para Leon, y pasando por Luna, se encontró con el Rey, que venia á aquella Villa con acompañamiento de Grandes y familia Real, el qual oyendo tambores, que tocaban marcha, presumió que Bernardo habria hecho alguna capitulacion con el Moro y que venia á inquietarlo: y llegado que fue Bernardo con su Esquadrón, se echó á sus pies y le besó la mano, ofreciendole por despojos aquella victoria y Vanderas que habia ganado, dandole cuenta por extenso de lo que habia hecho. Maravillado el Rey de ver tan heroica hazaña, le dió el Carpio por Apellido, mandandole traxese un Sol por Armas y los diez y nueve Castillos que habia ganado por orla: lo abrazó con mucho amor, le perdonó la demasia que habia tenido, le honró mucho, é hizo prevenir para ir á Francia por Embaxador, de lo qual quedó Bernardo muy ufano, y todos desenojados.

CAPITULO VII.

Como Bernardo entró en el Castillo de Luna, donde halló á su Padre, y de la platica que tubieron.

Abiendo llegado Bernardo del Carpio á Luna recibió un papel secretamente de la Infanta Do-

Doña Ximena su Madre; en que le decia, como deshiciese el encanto del Castillo de Luna, si queria hallar lo que tanto deseaba, y de que no tenia noticia por la ley que el Rey habia promulgado, dando por traidor á quien se lo revelase. Con este papel sin firma, y tan confuso, quedó algun tiempo suspenso, mas su valeroso esfuerzo desechó las confusiones, diciendo: vamos á saber el secreto de este encanto, que él nos sacará de dudas. Diciendo esto fue para el Castillo, el que hallando abierto se entró, sin ser visto de la Guarnicion, que estaba toda á la otra parte de la muralla viendo cazar al Rey en su recinto: y andando Bernardo de sala en sala oyó un rumor de prisiones embuelto en dolorosos ayes: y caminando hacia donde mas se oian, encontró con un caduco esqueleto, una sombra elada, un expectaculo viviente, que quexandose decia: ay de mi! y como pago con llanto de mis ojos haber encumbrado la vista á querer agotar los rayos del Sol! Qué desdicha es la mia! Ay hijo de mis entrañas, y que quexoso me tiene tu ingratitud! De que te sirve tanto valor como dicen tienes, si no lo empleas en libertar á tu afligido y triste Padre? Bernardo, discurriendo seria aquel el encanto, le dixo poniendo mano á la Espada: tente alla, sombra, fantasma ó encanto. El infeliz D. Sancho le dixo entonces: quien sois, Señor, que asi me hablais, sin mirar mis canas, que es el espejo de la mayor atencion de los Nobles? A lo que Bernardo respondió: soy un hombre ambicioso de las em-

presas mas honrosas; hijo de mi propio aliento, pues no he conocido otro Padre: y porque me han dicho que este Castillo tiene un espantable encanto, me he entrado en él solo á deshacerlo con el valor de mi espada por parecerme ser hazaña digna de emprenderse, por qualquier esfuerzo. Bien parece por vuestras palabras, que sois de animoso corazon (replicó D. Sancho) sosegaos y no os altereis; que algunos amigos, para probaros os quisieron burlar, que aqui no hay encanto alguno, ni yo soy fantasma, que yo soy el Conde de Saldaña: es posible que ignoreis que aqui me hallo preso veinte años ha? Pues mi historia es muy sabida en España, pues lo cantan ordinariamente hasta los niños. Satisfizo Bernardo, diciendo: pues yo Señor no la he oido, y mandóle el Conde sentar diciendo: sentaos, Señor, porque quiero, para que mi desgracia os admire, referiros mis infortunios. Tomaron sus asientos, y el Conde prosiguió diciendo: veinte años ha vuelvo á decir, generoso mancebo, que era yo el Adonis de la Corte, el mas dichoso en los Torneos, el mas favorecido de las Damas, el espejo de la nobleza, y el General de este Reyno; y amor, que iguala las calidades, me hizo del mas elevado, pues no menos que la hermana del Rey fue el iman de mi alvedrio: tuve en esta pretension un competidor sobervio, que ofendido de un mentis, y embidioso de verme favorecido, descubrió al Rey el secreto, asechando los dos una noche, que la Infanta, de resulta de nuestro amor, dió á

luz

luz un hermoso Infante, el que sacandolo yo para poner en salvo, y saliendome al paso el Rey, fue preciso revelarle el caso y pedirsela por muger con resolucion de no darme á prision, si primero no me quitaban la vida: ofreciómela por razon de estado ó miedo, y mandóme por Embaxador á Barcelona: me entrega una carta, con orden, de que de paso la entregue al Alcayde de este Castillo; ojalá y que hubiera creido los anuncios de mi corazon; pues dandola despreciando mis rezelos, yo mismo me entregué á la muerte, pues como otro Urias traxe en la carta el decreto de ella, que vista por el Alcayde, echando á la puerta el rastrillo, me desarmó y mandó sacar los ojos, cargar de hierros, y poner en esta prision: y teniendo un hijo que puede remediar mi daño, no le merezco, no solo el que me libre; pero ni que me vea, que con su vista tuviera consuelo; mas no me admiro, que como le ha criado mi enemigo D. Rubio estará de la parcialidad de él, y no querrá disgustar al Rey, que le ha hecho muchas honras, llamandole sobrino, y armandole Caballero; y ahora ha ganado el Carpio. No aguardó Bernardo mas señales para reconocer á su Padre: y asi echandose á sus pies, le dixo: Padre y Señor, dame tus pies que yo soy tu hijo Bernardo. El Rey ha tenido esto oculto de mi, pues mi mayor sentimiento y continuo disgusto ha sido no saber quien me habia dado el ser, pues como era posible, que si á mi noticia llegara, hubiera yo dexado de consumir estos hierros,

y

y convertir en cenizas quantas murallas y esquadrones me pusieran por impedimento de tu libertad? Dexa que con estos brazos deshaga estas prisiones, y en ellos te saque de esta miseria. El noble viejo alborozado y lleno de gozo lo abrazó y dió muchos besos, diciendole muchas palabras de amoroso Padre, y no cesaba de palparlo, admirando lo fornido y robusto del mancebo; y despues le dixo: Hijo mio, no conviene que por fuerza me saques de aqui, pues sin beneplacito del Rey, no es justo, que le debemos toda obediencia: asi pideselo por merced y ruegale que tu lo conseguirás. No quiso Bernardo detenerse mas en procurar la libertad de su Padre; y asi se despidió de él para ir á tratar de ella, quedandose uno y otro tan gozosos, como se puede colegir de tan afortunado aunque tardo encuentro.

CAPITULO VIII.

De como Bernardo fue ante el Rey con gente armada, y enlutado á pedir á su Padre: el Rey se lo concedió: y de como fue hallado muerto al tiempo de darle la libertad, y asi hizo á su Madre la Infanta se casara y lo legitimara.

APenas Bernardo salió del Castillo de Luna, quando juntando su gente, armados todos, y enlutados, los hizo marchar al son de roncas caxas, y enderezó á la Aldea donde el Rey estaba en recreo; y puesto ante él de la suerte que llevo referido, le hizo este

ra-

razonamiento: noticioso de que en el Castillo de Luna habia un encantamento, entré en él donde hallé á mi Padre encantado del rigor de tu decreto, los años que ha que nací, que son veinte, ignorandolo yo, y mi Padre quexandose de mi mal empleado valor, y agraviado de tu justicia, le mandaste sacar los ojos, aunque no era necesario, pues aunque asi no hubiera sido, hubiera cegado al continuo llorar su agravio: cubierto de luto vengo, no solo por mi Padre, sino por mi honor, que tu mismo le has muerto, aunque no te toca poca parte de mi afrenta, porque siendo hijo de tu hermana, eres causa de que me llamen bastardo. Dime, Rey Alfonso, quanto mas bien visto fuera á Dios, y al mundo, que mis Padres se hubieran casado, y no se hubiera publicado la flaqueza de sus amores? Tan dañoso le fuera á tu Reyno dos espadas tan fuertes como la del Conde de Saldaña, y la de su hijo, quando hubiera Rey, que por tener la del Conde diera la mitad de su Estado? No fueras mas temido del Moro? No hubieras escusado mover guerras, que precisamente tendrás con Francia, por haberlo llamado á la sucesion de estos Reynos, sin poderle cumplir la palabra, aunque quieras, pues es preciso que tus amigos y parientes lo estorbémos? Dame á mi Padre, Casto Alfonso, y si no guarda tus Estados y fortificalos con murallas, y guardese el traidor que es causa de mi desgracia; guardese todo el que me hubiere ocultado esta afrenta; y el mundo entero guardese de mi, que soy Bernardo

del

del Carpio, y todo lo abrasaré con mi fuego. Detente, Bernardo (dixo el Rey) sosiega el animo, que yo te daré á tu Padre. Entonces Bernardo, sin detenerse, hincó la rodilla en tierra, diciendo: dame tus reales pies, piadoso y justo Rey. Dando el Rey la orden, volvió Bernardo á Luna, donde entrando con su Esquadron, fue á quitar las prisiones, y sacar de él á su Padre; al qual lo halló ya difunto. Lloró su muerte, con palabras tan sentidas, que enternecia á los que estaban presentes; y recobrandose fue al Monasterio, donde estaba su Madre la Infanta, y sacandola de él la traxo al Castillo de Luna, donde la hizo dar la mano al elado cadaber. Con estas ceremonias legitimó Bernardo su persona, y se retiro con su Madre y Esquadron, trayendose al difunto Conde su Padre, á quien le dispuso un regio y ostentoso entierro en la misma Corte, donde con su Madre recibió las visitas del pesame, á que concurrió toda la Nobleza; y todo el Reyno hizo grandes demostraciones de sentimiento por la muerte del Conde de Saldaña, menos el Conde D. Rubio que no asistió á ellas, ni cumplimentó á Bernardo.

CAPITULO IX.

De como Bernardo del Carpio fue por Embaxador á Francia. Dase razon del desafio que tuvo, y justa que en ella mantuvo.

PAsadas las exequias del Conde, se dispuso Bernardo para hacer la Embaxada de Francia, y saliendo

do con el equipaje y sequito que requeria, empezó su marcha cogiendo largas jornadas, hasta que llegado, pidió audiencia al Emperador, el qual se la dió, estando presentes los doce Pares, y habiendo entrado y hecho el acatamiento á la Persona Real, y tomando asiento, hizo este razonamiento.

Alfonso, Rey de Leon, mi Señor, sin embargo de tener por sucesion de su Reyno á su hermana la Infanta, mi Señora, y á su sobrino Bernardo, por causas ó accidentes, que no es forzoso traer á la memoria, llamó á V. M. á la sucesion de aquel Reyno, como sabeis: esto supuesto, y en consideracion de que resoluciones executadas de improviso requieren enmienda, y mas las que sin consentimiento ni conciencia de amigos, parientes y Consejeros se disponen: traido á consideracion en tiempo, por mi dice, que el haberos llamado á la herencia, fue por su parte sin permiso de sus vasallos, y que divulgado, resisten ser gobernados por persona estraña, y que no pudiendo hacerles agravio en esta parte, por consiguiente tampoco entregaros el Reyno. Esto dice mi Rey, y yo que soy su sobrino, digo, que primero las encrespadas olas del mar anegarán el mundo, y las Estrellas del Firmamento, el Sol y Luna negarán sus claras luces, que Reyneis en España: asi espero que como cuerdo, y cristiano, teniendo presente la razon, y grandes inconvenientes resolvais lo que paresca mas acertado, dandome la correspondiente respuesta. Habiendo cesado Bernar-

nardo, el Rey de Francia con mucha severidad se levantó, y volvió la espalda sin responder. Bernardo le dixo: como Señor, asi os vais sin responderme? Entonces Oliveros y Roldan le respondieron, que bastante respuesta tenia, y que si no la entendia, que allá la llevarian las trompas y caxas, quando fuera el Exercito á España. A esto respondió Bernardo se holgaba de saber la intencion del Rey, y que cuidaran de guardar el Reyno. De aqui fueron trabando de palabras, de suerte, que enfadado Bernardo, dixo: que en una justa, dentro de Paris defenderia, ó con la espada cuerpo á cuerpo, que no habia otro Rey en el mundo como el suyo: y que á quien sintiese lo contrario lo citaba á público desafio. No estaba el Rey (aunque oculto) tan lexos que no oyese esta arrogancia, y saliendo le dixo: pues Bernardo, obligado eres á mantener lo que has dicho; á lo que sin mudar semblante Bernardo volvió a ratificarse, y pidió señalamiento del dia, y que fuese breve. El Rey lo concedió, y ofreció lo que quisiese de armas y caballos, admirado de su valor. Mas Bernardo nada quiso aceptar, sino la execucion de la justa, que llegado el dia salio armado con ricas y finas armas, un vestido encarnado guarnecido de plata, con tal primor, que causaba gusto verlo tan galan en un poderoso caballo, y un Sol por armas, orleado con los diez y nueve Castillos que habia ganado. Y habiendo entrado en la Plaza á vista de los Reales balcones, y demas de la Nobleza, no tardó mucho en

que

que entraron los Doce Pares bizarramente adornados. Y empezada la justa corrió Bernardo con tanta destreza y felicidad, que se llevó todo el lauro; solo desazonó la justa haber herido por casualidad á Roldan en la cara, por cuyo motivo, conjurados todos contra él, trataron de matarlo, embistiendo con él; mas corriendo tomó una gruesa lanza, y cerró á lanzadas con ellos con tanto ardimiento, que á no ir como iban tan bien armados, hubiera muerto algunos; pero por presto que el Rey baxó á apaciguar la revolucion, ya Bernardo habia derribado á diez ó doce de los caballos; mas con la presencia del Rey se apaciguó por ser preciso mantenerle el seguro de Embaxador. El Rey mandó á Bernardo volviese con la respuesta de su embaxada, que era la intimacion de la guerra, con lo qual Bernardo se despidió del Rey, dandole muchas gracias por lo que le habia honrado, y el Rey le dixo: habia tenido gran gusto de conocerle, y mucho mas de ser testigo de su valor, y que se alegrara tenerle por su vasallo, para honrarlo como era razon: y que sin embargo de la guerra, que siempre que de él se valiese, le haria grandes mercedes, á lo qual fue Bernardo muy agradecido, y ofreció servirle, como no fuera contra España, ni su Rey; y acabados estos cumplimientos se puso en camino.

CAPITULO X.

De la Capitulacion que Bernardo hizo con Marcilio, Rey Moro de Zaragoza. Dase cuenta de la batalla de Ronces-Valles, y de como vuelto Bernardo á la Corte mató al Conde D. Rubio.

HAbiendo Bernardo enderezado la marcha, como dexamos dicho, vuelta de Leon, se vino por Zaragoza, y capituló con el Moro Marcilio, Rey de Aragon, le diese gente de armas y caballos para ir contra Francia, y partirian los despojos de la guerra. Marcilio lo concedió, y le dió dos gruesos batallones uno de Infanteria y otro de Caballeria, bien armados, y un Comandante, que fuese baxo de sus ordenes, el qual era un valiente Moro, llamado Brabonel, que tenia gran fama por las grandes hazañas que habia hecho, con el qual vino á Leon, y puesto en la presencia del Rey Don Alfonso, dió cuenta de todo lo referido muy por estenso, y el Rey lo abrazó, y se dió por muy bien servido, y le mandó juntar las fuerzas, y alistar la gente, para sin dilatarlo, salir á estorvale el paso al Frances. No se descuidó Bernardo en lo que era de su cargo, antes si con mayor brevedad formó su Exercito, y escribió al Rey de Aragon, para que mandase marchar la gente á Ronces-Valles, donde se habian de juntar. Hecha esta y las demas prevenciones, marchó el Exercito á Ronces-Valles, donde llega-

garon á juntarse con el Moro, y tubieron tiempo de acamparse, escogiendo sitio, penetrando la tierra y reconociendola, para disponer emboscadas y retiradas. No se descuidaba Francia, ni sus Doce Pares en prevenirse, y asi marcharon lo mas breve que pudieron. Los Españoles pusieron centinelas abanzadas en mas de quatro leguas de circuito, para que avisaran en descubriendose el Exercito Frances, las quales á su tiempo traxeron la noticia, y tomando Bernardo la retaguardia con sus Españoles, y Brabonel la vanguardia con sus Moros Aragoneses, esperando que el Frances entrase en lo estrecho del valle, bien cubiertos Españoles y Moros, sin aguardar que los Franceses se acamparan, dieron en ellos con tanto denuedo, que en breve los desbarataron y mataron muchos, y con toda destreza le atajaron la retirada, de suerte, que si hüian por una parte, daban con los Leones, si por otra con el Aragones, si por los lados, con riscos empeñados impenetrables, con que los doce Pares conociendo el riesgo rodearon su gente lo mejor que pudieron, y exortandolos á morir, como buenos, hecho el Esquadron quatro frentes, se defendian valerosamente, y ofendian á los sitiadores; mas Bernardo viendo que el gobierno de los Doce Pares le iba poniendo en duda la victoria, trató de apocarlos, y asi buscando á Roldan y encontrandolo, arremetió á él con tanta fuerza y gallardo brio, que no valiendole á Roldan su mucha destreza, del primer encuentro le faltó

las

las armas, y le dió una lanzada mortal, de suerte que conoció su muerte, y poniendo mano á su espada dió un golpe con ella en una peña tan desaforado, que la metió en ella porque otro no la pudiera gozar, y alli se sentó á encomendar á Dios su alma. De esta suerte Bernardo y los suyos hicieron tanto, que no quedó vivo ninguno de los Doce Pares, ni menos del Exercito hubo mas que algunos pocos, que por fortuna escaparon, y llevaron la infeliz noticia.

Habiendose fenecido la funcion, marcharon á Francia, y tomaron algunas Villas y Ciudades, y las saquearon y cargaron ricos despojos para desquitar los gastos de aquella guerra, y despues capitularon treguas, las quales por entonces duraron muchos años, porque el Frances no quedó con gana de tener al Español por enemigo, con lo qual Bernardo se retiró con su Exercito á Leon, donde fue bien recibido del Rey Don Alfonso, honrandole mucho por tantas y tan señaladas hazañas como habia emprendido, y valor con que las habia acabado. Mas Bernardo no le contentaba nada, por no haber conocido Padre mas que quando lo perdió, y por el rigor con que el Rey habia procedido con él y con su Madre la Infanta, no olvidandose de la indigna venganza de Don Rubio, urdidor de tan infame trama, y que no le habia dado el pesame, y asi buscaba motivo ú ocasion para vengarse de él, y asi sucedió, que un dia en un Salon de Palacio estaba el Conde Don Rubio y otros Caballeros, y

Ber-

Bernardo entró á tiempo que estaban jugando la espada: habiendo Bernardo tomadola, salió el Conde Don Rubio á tomarla con él, y Bernardo se escusó, conociendo le tenia desde que lo empezó á criar mala voluntad; procuró escusarse, mas no bastaron sus diligencias, porque Don Rubio hizo duelo de que no quisiese jugar con él, y lo obligó á ello. Bernardo con la precaucion referida, no solo no quiso ofender á D. Rubio, sino que impidió de ser ofendido, mas tanto se encarnizó Don Rubio por herirle, que él mismo se metió la espada de Bernardo por un ojo y le salió el boton por el cerebro mas de media vara. Cayó muerto, pidiendo á Bernardo lo perdonara, asi de lo pasado, como de haber tomado con él la espada, con intencion de matarlo, si pudiera, de lo que habia sacado justo castigo.

CAPITULO XI.

De como pasó Bernardo á Roma á ayudar al Sto. Padre contra el Barbaro Rey Longobardo. De como él venció, mató, se convirtió, y murió cristiano.

Divertido en la caza y otros juegos pasaba Bernardo el tiempo, despues de la muerte de Don Rubio, para divertir la pena de la de su afligido Padre, consolandose á veces, asi con estos pasatiempos, como con visitar á la Infanta su Madre, quando el

Su-

Sumo Pontifice Adriano convocó á todos los Principes cristianos, dandoles cuenta de como el Turco le tenia sitiada la Ciudad de Roma, con un poderoso Exercito, para que le socorriesen en tan grave necesidad; con cuyo motivo el catolico zelo del Rey Don Alfonso llamó á Bernardo, y mostrandole la carta del Sto. Padre, le dixo: ea Bernardo, buena ocasion se te ofrece de emplear tu ardimiento en defensa de la Apostolica Silla, preven tu gente para esta jornada. Besó al Rey la mano Bernardo en agradecimiento de tan honrosa recomendacion, y al punto lo puso por obra, embarcandose con su gente para el Puerto de Hostia, donde con toda felicidad desembarcó, y al punto despachó á su Santidad un correo bien practico de la tierra, el qual entró en Roma, sin ser sentido de los enemigos sitiadores, y puesta la carta en mano del Papa, se consoló su Santidad en tener tan buen socorro. Respondióle á Bernardo con un Mapa ó descripcion de la tierra, é intentos del Turco, señalandole dia y hora de dar en los enemigos, para estar en Roma prevenidos y echar fuera, quando la necesidad lo pidiese, y por la parte que fuera mas preciso, un buen Esquadron de refresco. Enterado Bernardo, y bien instruido de lo que el Santo Padre le advertia, y de la tierra que marcaba el Mapa, intentó la mejor accion de un valeroso pecho, que fue conocer al Rey Desiderio, que era el General de el Exercito Turco, para buscarlo al principio de la batalla, por ser el funda-

men-

mento de ganarla, el hacerle perder el gobierno de ella: y para esto se disfrazó lo mejor que pudo, y se entró en el campo enemigo: pasó á la tienda del Rey Desiderio, y le envió á decir de parte del General de España, que le tenia que hablar. El Moro lo hizo entrar, lo executó Bernardo con tanto aire, que la primera salutacion que le dixo fue esta: como te tardas en responder? Te da pena de ver los Españoles? El Moro le dixo: pues qué es lo que quieres, y quien te envia? A lo que Bernardo respondió, que el General de España Bernardo del Carpio. Y qué quiere? (dixo el Rey) Verte un dia (le replicó Bernardo). Y quando ha de ser? (preguntó el Moro). Y Bernardo le dixo: quando le des seguro Real. Entonces le dió el Rey el seguro, Bernardo hizo que lo jurara y lo juró. Y al instante Bernardo le dixo: pues ya le di la respuesta, lo llamé, y ya está en tu presencia. Y diciendo esto se descubrio, diciendo: yo soy el Infante del Carpio. Admirado el Rey de tan gallarda y temeraria resolucion, dixo: y bien, que es lo que te se ofrece, que me alegraré complacerte, porque te he cobrado amor. A lo que Bernardo respondio: yo no vengo, Rey Longobardo, mas que á verte, para conocerte, porque quiero en la batalla buscarte para darte la muerte, que no es razon que mueras á manos de mis Soldados, pues los Reyes deben ser honrados hasta en la muerte, y asi quiero tomarte bien las señas, para que no te ofendan los mios hasta que mi espada corte tu

cabeza. Preguntóle el Rey, si le habia tomado bien las señas. Y Bernardo le respondió, que si. Y tomandolo todo á chanza ó locura, se alegró mucho de conocer á Bernardo; pero este se despidió antes que le viniera algun mal pensamiento, y le quebrara el seguro, como lo habia hecho con otros: y montando en su caballo se volvió á su Exercito.

Llegó el dia que le habia asignado el Santo Padre á Bernardo para dar la batalla, dispuso su Exercito, distribuyó las ordenes con tal sagacidad, que pudiera conservar su gente ofendiendo sin ser ofendidos, y á lo mas pesado de la noche cerró con el enemigo, invocando á los Apostoles San Pedro y Santiago. Los Moros, aunque cogidos de sobresalto, como eran en copiosisimo numero mucho mas que los Españoles, y otras Coronas, que habian socorrido, pues habia mas de cien Moros para cada Cristiano, aunque estos mataron muchos antes que se ordenaran, con todo empezaron á hacer brava resistencia; mas confiaba Bernardo en que los mas hidalgos de Castilla rodeaban su Exercito, y mataban tantos Moros, que ya los caballos y peones no daban paso, que no fuera tropezando en cuerpos muertos. Habiendo aclarado el dia en lo mas tremendo de la lid, empezó Bernardo á correr á una parte y otra de la batalla, hasta que encontró con el Rey Desiderio, á quien dandose á conocer le dixo: vengo á cumplir la palabra que te di de venirte á matar, y le embistió con tanto esfuer-

zo, que del encuentro cayeron ambos á tierra, y levantandose sacaron las espadas, y travaron una tan reñida pendencia, que era un prodigio ver como se tiraban golpes, y destrózaban las armas, porque Desiderio era muy valiente, y tenia fuerzas, que parecian mas que humanas; pero como Bernardo era mas ligero, apretó tanto al Moro, que siempre lo traia de retirada, dandole quatro ó cinco golpes, sin que el Moro le ofendiese con uno. Y asi que Desiderio tubo por buena parte las armas despedazadas, Bernardo fixó los ojos en lo descubierto de ellas, y le dió tan fuerte estocada, que sin poderse valer el Moro cayó en tierra mortal: queriendo Bernardo cortarle la cabeza, lo detubo el Rey, diciendo: tente Bernardo, no me acabes de matar, que quiero lograr el impulso que Dios me ha dado. O que dichoso que seré si lo consigo! Dios mio, Criador del Cielo y de la tierra, como has permitido que yo haya perseguido tu Iglesia, y ahora me llamas con tanta misericordia, dandome conocimiento de tu omnipotencia, y de mis errores? Confieso, que sois Dios, Señor y Criador de todo, Uno en Esencia, y Trino en Persona, y te suplico me perdones, y concedas el agua del Bautismo. Entonces Bernardo tomó agua de una fuente que estaba inmediata, y le preguntó otra vez: si queria ser cristiano? Y respondió, que si. Le echó el agua, y acabado de bautizar murió, y salió su dichosa alma de este miserable mundo. A este tiempo el campo del Moro, co-

mo habia mucho tiempo que estaba sin Caudillo, y habia salido de Roma el Cardenal Leonicio con gente de refresco, ya estaba el enemigo desbaratado, y cada uno de ellos procurando el mejor modo de huir para salvar la vida, con lo que España cantó la victoria, y Bernardo dió á Dios infinitas gracias, por haberle dado tan dificultoso vencimiento.

CAPITULO XII.

De como Bernardo se desnaturalizó de España, y de la Batalla que se le ofreció camino del Imperio. Y de como vino de alli á Francia, donde habiendole hecho General tubo otras victorias, hasta que la envidia lo desterró á tierras muy remotas.

CArgado de honores Bernardo, y ricos de despojos sus Soldados, volvieron á España, donde halló Bernardo la novedad de haber muerto la Infanta su Madre. Todo su esfuerzo hubo menester para resistir su sentimiento; mayormente quando en ausencia suya habia el Rey Don Alfonso llamado otro sobrino, y lo habia nombrado por sucesor de la Corona, aunque no era tan inmediato á ella como Bernardo, y estaba ya jurado por Principe de Asturias; con lo qual fue tal su desazon, que sin aguardar en España mas pesares, juntó algunos de los hidalgos de su parcialidad,

dad, y salió de Castilla, y estando ya para salir, puesto ante el Rey, le dió nuevamente las quexas de lo mal que habia tratado á su Padre y Madre, y juntamente haber nombrado sucesores que no estaban tan afectos ni inmediatos como él; y asi, que se desnaturalizaba de España, para que la guardara quien la habia de heredar, que él no habia menester mas Reyno que su espada, que si lo queria lo sabria ganar con ella. Dicho esto, se quitó de su presencia sin esperar respuesta, aunque el Rey su tio se la iba á dar, dexandolo con la palabra, como dicen en los labios. Salió de Leon, seguido de doscientos Hijosdalgo, y tomó el camino de las Galias por los Montes Pirineos, y enderezando á la Ciudad de Aquisgran, Corte muy antigua del Imperio de Alemania, al encumbrar un cerro, vió un Esquadron, que venia acercandose á una tienda de campaña que estaba en un apacible y deleytoso prado, que conoció era muy considerable el numero que en la tienda se aloxaba, porque apenas cabian treinta personas; y algunos coches y caballos inmediatos, como descansando, y notó que los vestuarios de los acampados eran muy estraños del que traian los que marchaban; de lo que llegó á inferir, que el Esquadron venia á embestir á los que estaban en la tienda, y de mano armada, para con tan sobradas fuerzas atropellar á aquel pequeño numero indefenso. No fue vano su juicio, pues haciendo á los suyos aceleraran el paso, llegó tambien á tiempo, que

los

los que habia visto marchar por la llanura ya habian embestido con los de la tienda : cerró contra aquel Esquadron con sus hidalgos, y en muy poco rato los desbarató, aunque eran mas de mil hombres, matando á muchos, y poniendo los demas en afrentosa fuga, y volviendo á la tienda á informarse de aquel suceso, halló que el Infante Ludovico, hijo del Emperador, y nieto del difunto Carlo Magno, traia á la Emperatriz, con quien por poderes de su Padre viudo, se habia casado en Alemania, y se la traia á Francia, y que el Esquadron era de Seguivio, Duque de la Gascuña, á quien el Emperador Ludovico, marido de la Señora, que iba á ser Emperatriz, habia quitado los Estados por delitos que habia cometido contra la Cesarea Magestad del Emperador, y les habia salteado el paso para matarlos y prender la Emperatriz, con que Bernardo besó la mano á la Emperatriz, agradecido de haber logrado la fortuna, que habia tenido de defenderla y librarla de aquel Esquadron enemigo, y se convidó á servirla de Comboy, hasta llegar á la presencia del Emperador. Asi lo executó, y llegados á Francia, dando la Emperatriz y el Infante la noticia por extenso al Emperador de la hazaña de Bernardo, le hizo muchas honras y mercedes, abrazandolo y llamandolo Pariente, y prometiendole su favor en todo. Bernardo se mostró agradecido con muchas sumisiones y rendimientos. A este tiempo sucedió, que Oraldo, Rey de Dania, y vasallo del

el Emperador, le habian tiranizado, y quitado el Reyno, y el Emperador habia enviado un Exercito con Leotario por General su primogenito hijo, quien entregado al ocio, dió motivo con poco cuidado del Exercito, á que el enemigo le hubiera embestido, cogiendolo descuidado, y lo desbaratara y venciera; con que traida esta nueva por Oraldo, nombró el Emperador por General del Exercito á Bernardo del Carpio, el qual no tardó en ponerse en Dania, y sin mas espera empezó á hacer daño en los enemigos, hasta que los hizo arrinconar en la Ciudad, y sitiandolos con mucho zelo de que no les entraran bastimentos de que estaban desprevenidos, no pudiendo el tirano aguantar la hambre, ni rendirse, por que lo habian de matar, se resolvió á dar batalla; no cogió al general Bernardo dormido, que bien sobreavisado lo halló; y [illegible]dose la lid, peleaban las Naciones á imitacion de los Españoles de Bernardo con grande arrogancia; pero como los de Dania estaban perdidos, reñian con desesperacion; mas Bernardo andaba á una parte y otra de la batalla mirando qual de los enemigos reñia con mas valor, y al punto que lo marcaba iba á reñir con él, y en breve lo mataba, y como con esta astucia fue matando los mas valerosos enemigos en breve tiempo los rindió y cantó la victoria por el Emperador Ludovico. Puesto Oraldo en posesion de la Corona, habiendo castigado los rebeldes, y asegurado los prisioneros, despues de pacificada la tierra, dió vuelta

á

á Francia, donde el Emperador lo recibió con tant gusto, dandose por bien servido, que admiraba sı fortuna, diciendo, que nó tenia otra tan grande como la de tener tan buen vasallo, y tan valiente General: lo hizo su mayor valido, de suerte, que qualquiera negocio por grave que fuese, no lo habia de resolver otro que Bernardo, y todos los cargos, honras y mercedes habian de darse por Bernardo, y hasta una secreta pretension, que hizo la Emperatriz, para mejorar en herencia un hijo suyo, la logró por medio de Bernardo, porque lo previno de ella, y luego el Emperador la consultó con él, y Bernardo le dió el dictamen á complacencia de la Emperatriz. Con estos buenos servicios se hizo lugar Bernardo á la mayor estimacion y respeto, hasta que envidiosos los hijos del Emperador de ver á nuestro Castellano exaltado en la mayor estimacion del Imperio, bramaban de corage, diciendo: á un advenedizo tantas honras, y á nosotros tan pocas, siendo sucesores de estos Reynos? Ea, muera este estorvo de nuestros intentos: y convocando parciales, formaron contra el Padre unas civiles guerras; de suerte que tubo por bien el Emperador de apaciguarlas, y cargandolo á Bernardo de ricos dones, mandarle que se retirara por algun tiempo. Bernardo viendo la inconstancia de su fortuna, marchó con sus hidalgos á la Ungria, donde es comun opinion de los Autores, que no pudiendo la envidia conseguir su muerte por las armas, la

lo-